

Evelia Trejo

“Hilvanar una tradición”

p. 15-34

*De historiografía y otras pasiones
Homenaje a Rosa Camelo*

Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

284 p.

Fotografías, figuras y mapas

ISBN 978-607-02-8094-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenajeRC/camelo.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DE LA HISTORIOGRAFÍA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



HILVANAR UNA TRADICIÓN

EVELIA TREJO

Instituto de Investigaciones Históricas

“el escritor debe luchar no tanto por su identidad sino, primeramente, por la búsqueda de los elementos que la conforman”.

Vicente Quirarte, *La invencible*.

De agradecimientos y recuerdos

Rendir un homenaje a Rosa Camelo es una oportunidad que, primero que nada, debo agradecer. Suman ya muchos los episodios de mi vida que se han enlazado con los de ella, lo que añade motivos a la satisfacción que me produce un encuentro como el de ahora.

Antes de presentar las reflexiones que me suscitan, cuando menos alguna parte de las que le he escuchado, quiero señalar que debo a uno de sus rigurosos exámenes de Geografía Histórica de México un episodio que suelo recordar a la luz de mis convicciones providencialistas. Había pasado la noche leyendo *Historia de las divisiones territoriales de México* de Edmundo O’Gorman y justo al momento de cruzar la puerta del salón de clases tenía prácticamente la mente en blanco; de pronto, como caída del cielo, una duda: ¿cuáles fueron los tratados que se hicieron para fijar los límites del territorio de la Florida? pregunté y alguien, no sabría precisar quién, me dio la respuesta, los de Onís. Con ella resolví la última pregunta del examen y obtuve un diez en una materia que, como las otras dos de Geografía Histórica —la General y la de América— impartidas por Eduardo Blanquel, se habían convertido en una verdadera revelación dentro de mi incipiente formación al comenzar los años setenta. Sí, la historia sin la geografía estaba siempre incompleta, pero además, la geografía estaba penetrada de historia, y para el caso de México no había cómo dar respuestas sobre nuestro pasado sin ligarlas.

Muy pronto, más allá de las aulas, tendría motivos para agradecer a Rosa la generosidad, una de sus más ostensibles características. La huelga de 1973 me obligó a tocar la puerta de su casa para solicitar un préstamo de libros mientras trabajaba para la editorial Salvat; y allí, en su domicilio de la calle de Puebla, además de darme los libros me hizo pasar a la recámara donde dormía la pequeña Isabel, casi recién nacida. Nada auguraba entonces que tendríamos, en los años por venir, encuentros de hondo significado en los que serían protagonistas mis hijas y su hija. Nada tampoco, me permitía prever que con el andar del tiempo sabría, por ejemplo, que algunos datos de nuestras biografías eran comunes. Hijas de padre médico; habíamos crecido en la provincia, ella en el Noroeste —en Culiacán— y yo en el sureste —en Comalcalco, una de las poblaciones del Tabasco cuna de su padre—; ambas alumnas del Colegio Motolinía, ella de la preparatoria en México y yo de primaria y secundaria; y para coronar detalles y estrechar lazos, las dos devotas fervientes de los secretos de la historiografía.

No dudé en presentarle mi tesis doctoral para su revisión y entre los comentarios muy certeros que recibí, guardo en un sitio especial el que me hiciera sobre lo importante que resultaba dar el crédito debido a lo que nos habían heredado nuestros maestros. Reconocer la tradición había sido siempre para mí, algo natural, y con los años me he dado cuenta de que no es una norma. Quizá es preciso que la vocación se desenvuelva en un terreno propicio para fomentar ese reconocimiento. No lo sé. Lo que aseguro es que sus palabras contribuyeron a esclarecer algo de lo que veníamos resolviendo en el Seminario de Posgrado de Álvaro Matute, en el que de 1996 en adelante —primero como alumna permanente y desde 2001 como responsable junto con él—, decidimos privilegiar la lectura de quienes nos habían antecedido en el interés por la escritura de la historia y considerábamos maestros de nuestros maestros; o bien, de aquellos autores que han aparecido en el camino, con los que el diálogo se facilita precisamente por la herencia recibida. Los años siguientes —ya suman quince desde que ingresé al Instituto de Investigaciones Históricas—, he tenido la fortuna de contar con Rosa, no sólo por nuestra vecindad de cubículos en el primer piso, sino porque mes con mes, estuvo presente en la sesión del Seminario de Historiografía Mexicana que comenzó a funcionar durante la dirección de Virginia Guedea. Su presencia allí es una garantía de que algo pensado con serenidad y cordura, con elementos que siempre enriquecen el horizonte, será añadido a los comentarios de lo que se discute. Lo único lamentable es que este seminario dure sólo tres horas y que,

ocasionalmente no logremos vernos todos, pero la decana tiene un lugar insustituible entre los asistentes. Las palabras con las que quiero unirme a las de los colegas que tanto quiero, quienes seguramente nos darán a conocer frutos jugosos de su saber, tienen la intención de abundar en el tema ya mencionado: el de reconocer la tradición.

De dudas y descubrimientos

He intitulado este breve texto con el término hilvanar, pues es lo que imagino cuando ubico aquellas clases, en que primero José Antonio Matesanz y poco después Álvaro Matute, al inicio de los años setenta, me hicieron consciente de que en el medio de la Facultad de Filosofía y Letras había dejado huella el transtierro de los maestros españoles y que el nombre de José Gaos tendría un significado muy especial para los que nos interesáramos en los territorios de las ideas sobre la historia y pronto supe, los que eligiéramos la historiografía como un campo de estudio.

En una especie de *flash back* me percaté de cómo fui tomando nota de que Gaos era identificado como un historicista y de lo que por entonces logré entender sobre la mencionada orientación de pensamiento y la elaboración historiográfica. En aquellos años en que los cursos obligatorios de historiografía apenas rasguñaban la tercera década del siglo XIX; y en una suerte de salto mortal, para concluir el semestre, nos permitían asomarnos a lo que venía después; quedó claro entonces que los historicistas eran lo más opuesto posible al modelo positivista mucho más propenso éste a encaminar la historia por la ruta de las ciencias —entre más exactas, mejor—, en el común afán de obtener conocimiento verdadero del pasado.

Fue hasta que leí por vez primera y ya a punto de culminar los estudios, justamente en esos semestres maravillosos en que todas las materias que cursábamos eran de nuestra elección, las “Notas sobre la historiografía” de Gaos,¹ cuando reparé en el invaluable

¹ Las “Notas sobre la historiografía” de José Gaos constituyeron la parte nodal del curso sobre Historiografía Contemporánea de México, impartido por Álvaro Matute en la Facultad de Filosofía y Letras por primera ocasión en 1974. Poco después el texto aparecería impreso en el libro del propio Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126), p. 66-93, con el que se ampliaría el círculo de lectores de éstas y otras piezas destinadas a divulgar saberes en torno a la historiografía. Cabe aclarar que la primera edición de “Notas sobre la historiografía” fue

servicio que había hecho Gaos a una causa que yo estaba segura de querer abrazar pero aún no terminaba de descifrar.

Colocar en el centro de atención las implicaciones de construir la historia, y para ello disponer en 67 párrafos de un abigarrado conjunto de consideraciones pertinentes, me parecía una hazaña. Había leído y disfrutado textos de los primeros discípulos de Gaos,² es decir, obras de Leopoldo Zea y Edmundo O’Gorman, pertenecientes ambos a la primera promoción de sus alumnos mexicanos. Sin embargo, la oportunidad temprana de leerlos, tratándose de estudios aplicados a la realidad de las ideas y de algunos textos historiográficos, no me hizo reparar en el cúmulo de elucubraciones que hacía falta sistematizar para comprender lo que traían entre manos quienes abogaban por reconocer la particularidad de los hechos como un problema central de la historia y por admitir la condición del sujeto que produce los textos como un elemento ineludible para proceder a su conocimiento.

A manera de ejemplo, recurro hoy a dichos textos para mostrar algo de lo que iba recogiendo en esos años. Tomo al azar una frase de *América como conciencia*, muy probablemente una de mis primeras lecturas de cuño historicista, para destacar alguno de los registros que pudo hacer mella en aquella etapa: “No debemos [...] preocuparnos mucho por la universalidad o la limitación de nuestras soluciones, como tampoco por su eternidad o temporalidad. Simplemente debemos preocuparnos porque nuestras soluciones sean *auténticas* soluciones.”³ Ciertamente que el tema de Zea era la filosofía, y que el apartado en cuestión se intitula “Filosofar es hacer auténtica filosofía”; pero trasladar sus postulados al tema de la historia, no representaba dificultad alguna, puesto que lo interesante en este punto era el vínculo que establecía entre filosofía e historia, implícito en cada uno de sus ejemplos. Por otra parte,

en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Ciudad de México, v. 9, n. 36, 1960, p. 481-508; sin embargo, todas las citas de este trabajo corresponden a *La teoría de la historia...*

² Muchos años más tarde, la lectura de sus *Confesiones profesionales* me revelaría la distinción que él hacía de esos discípulos; señala que en México tuvo cuatro promociones de alumnos, en la primera de ellas sitúa como discípulo a Zea y como “amigos” a quienes ya estaban formados para entonces: Manuel Cabrera, Justino Fernández y Edmundo O’Gorman. José Gaos, *Confesiones profesionales. Aforística*, en Fernando Salmerón (ed.), *Obras completas*, pról. y sel. de Vera Yamuni Tabush, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1982 (Nueva Biblioteca Mexicana, 85), v. XVII, p. 41-137.

³ Cfr. Leopoldo Zea, *América como conciencia*, 1a. reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 8.

la aproximación a su obra *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, lectura elegida para un trabajo de Historiografía de México, significó una inmersión en la historia de las ideas y su realidad histórico-geográfica, es decir, una lección inicial para tomar nota de ese campo que obligaba a hacer conciencia de que las ideas podían comprenderse mejor, sólo en la medida en que se relacionaran con la historia.

En el caso de O’Gorman, acceder a *La invención de América* en el ejemplar que me prestara el maestro Eduardo Blanquel, uno de sus discípulos dilectos, fue además de un privilegio, el encuentro con una disertación que echaba por tierra cualquier cosa que supiera antes sobre el tema de lo que insistentemente seguiría promoviéndose como el descubrimiento. Tengo la certeza de que esa lectura, realizada dentro del curso de Geografía Histórica de América, fue definitiva. Cito uno de los párrafos que como tantos otros suyos de tono conclusivo, según puedo mirar en perspectiva, me abrió el horizonte de un mundo nuevo, al mismo tiempo que me hacía patente la fuerza de la historia: “si para concluir este ensayo nos preguntamos de nuevo qué es América, podemos contestar que es la *instancia que hizo posible, en el seno de la Cultura de Occidente, la extensión de la imagen del mundo a toda la Tierra y la del concepto de historia universal a toda la humanidad*”.⁴ Huelga decir que el modo en que esto se hacía posible, guardaba una estrecha relación con la fisonomía de los relatos de aquel acontecer.

En una ruta paralela a la que me señalaba la herencia de Gaos, muy sensible en la Facultad de los años setenta, otras lecciones llamaban la atención no sobre lo producido por sus discípulos, sino sobre los escritos de quienes podían ubicarse como sus maestros —uno de ellos, José Ortega y Gasset—, en sentido más

⁴ Edmundo O’Gorman, *La invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 99. O’Gorman se me había hecho presente, en el curso de Geografía Histórica de México, como un riguroso historiador de las divisiones territoriales de México; pero indudablemente la lectura de *La invención de América*, antes de esa ocasión, conjugada con *América como conciencia*, de Zea, fueron muestras clave de lo que ofrecía el pensamiento historicista que profesaban los maestros a los que me unía ya una importante afinidad. En aras de abundar en el estilo o’gormaniano, dispuesto siempre a dejar tarea a sus lectores, es inevitable añadir al párrafo citado, este otro: “Pues bien, si dinámicamente entendido el ser americano se nos ofrece como ser y al mismo tiempo no ser Europa; aspiración a serlo, pero que en cuanto aspiración no lo es, su devenir histórico, que se traduce en la fórmula de ir siendo sí misma, tiene que reflejar un sentido igualmente paradójico [...] actualizar plenamente la posibilidad que genéticamente es, significa llegar a realizar el ser europeo; pero [...] llegar a eso es dejar de ser sí misma.” *La invención de América...*, p. 95.

estricto que aquel que anteciedera a todos ellos en la fragua del pensamiento historicista, Wilhelm Dilthey. Así, en este recuento puedo señalar que para el tiempo en que tropecé con las repetidas “Notas...”, había leído también, en las materias de Introducción a la historia e Introducción a la filosofía, las reflexiones de Ortega y Gasset⁵ y las ideas de Dilthey.⁶ En unas y otras lo que no había detectado era el campo propio de la historiografía como laboratorio. Sin embargo, es evidente que de Ortega y Gasset pervivirían por siempre las palabras en las que los considerandos, sobre la circunstancialidad del saber histórico, sembraban de dudas nuestras convicciones acerca de lo que se mostraba como verdad rotunda y al mismo tiempo, generaban la emoción de colocarnos en la línea de quienes tienen derecho a expresar su propia verdad, la de su tiempo.

Frases de Ortega y Gasset como “Las creencias constituyen el estrato básico, el más profundo de la arquitectura de nuestra vida. Vivimos de ellas y, por lo mismo, no solemos pensar en ellas.”⁷ O bien, sus argumentos sobre el fracaso de la ciencia natural para aclarar los problemas humanos y su propuesta de acogerse a la *razón histórica* como la única fórmula para dar cuenta de la vida humana, sumados a sus recomendaciones para tomar nota de la situación social del filósofo como individuo, en lugar de ocuparse de las ideas en abstracto, eran otras tantas llamadas de atención acerca del valor de la tarea de la historia.

Por otra parte, el manantial que supuso la lectura de Dilthey es simplemente eso, un manantial. Escojo por ahora aquel párrafo en que afirma: “Llamo experiencia de la vida al complejo de procesos en que probamos los valores de la vida y los valores de las cosas

⁵ *Historia como sistema* fue un texto de iniciación a Ortega y Gasset que debo al programa de José Antonio Matesanz para la materia de Introducción a la Historia, en 1971. Junto a las propuestas que ofrecían Walsh, en *Introducción a la filosofía de la historia*; Bloch, en *Introducción a la historia*; y Braudel, en su magnífica *La historia y las ciencias sociales* —próximos a la filosofía analítica, el primero, y a la preocupación por relacionar la historia con las ciencias sociales, los dos franceses—; el estilo suelto y sugerente de Ortega y Gasset abría una puerta a las búsquedas historicistas que tuvieron un eco fuerte en la España de principios de siglo.

⁶ El texto de Wilhelm Dilthey que nos encomendara Laura Benítez Grobet en *Introducción a la Filosofía*, dentro del contexto de lecturas a que me refiero en estas notas, parecía ser el más complejo. Nada en él facilitaba el camino para el tránsito entre el oficio del historiador y la reflexión acerca de él con el debido provecho. Pero eso sí, algo inquietante dejaba como tarea.

⁷ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, Madrid, Revista de Occidente, 1970, p. 12.

[...] Por el conocimiento de los hombres de la historia y de la poesía se amplían los recursos de la experiencia de la vida y su horizonte.”⁸

Estos botones de muestra bastan por ahora para indicar que de las páginas de maestros y alumnos de Gaos se desprendieron nociones, como las arriba elegidas, que impactarían en la formación de muchos de nosotros. Pero fue sobre todo el primer contacto con el texto señalado lo que me pareció revelador; sin que fuera demasiado consciente de ello, me trazaba el mapa que necesitaba para encontrar líneas de unión entre ideas y conocimientos adquiridos a lo largo de la carrera. Se hacía patente cada vez más la filiación de los maestros que en mayor medida habían influido en mis primeros años de estudio. Reconocer en las sistemáticas frases de José Gaos un cúmulo de herencias, se convirtió en labor de varios lustros.

Efectivamente, dentro de todos los párrafos que constituyen las “Notas sobre la historiografía”, uno puede elegir los favoritos y establecer con ellos un diálogo duradero. Yo he persistido en ese diálogo. Y aunque no es posible enumerar mi propia selección en estas páginas, aquilatar el sentido que han tenido para mí, es una deuda que deberé pagar a plazos. Esta ocasión es más que propicia para comenzar a hacerlo.

Un alto para analizar cimientos

De los 67 párrafos en que Gaos divide su texto, los comprendidos del nueve al dieciséis, por ejemplo, han dado un material riquísimo a mi labor docente. Impensable iniciar un curso de Historiografía General sin presentar los conceptos que se esmera en definir para hacer visible la gama de posibilidades de lidiar con el pasado que ofrece cada término.⁹ Y, en particular, apreciar el recurso de establecer el tema del estudio de la historiografía desde perspectivas de matriz filosófica, tal como lo propone a partir de que define lo que entiende por filosofía de la historiografía, es algo que permite sembrar de interrogantes los contenidos de la materia.¹⁰

⁸ Wilhelm Dilthey, *La esencia de la filosofía*, estudio preliminar de Eugenio Pucciarelli, trad. de Elsa Tabernig, Buenos Aires, Editorial Losada, 1968, p. 95-96.

⁹ La ruta, de las definiciones de historia e historiografía, la he seguido ya en algún texto —por cierto publicado dentro de una obra coordinada por la propia Rosa Camelo y nuestro colega Miguel Pastrana— consciente de que hay mucho más que decir cuando uno se enfrenta a ellas.

¹⁰ Gaos, “Notas sobre...”, p. 67. Hago hincapié en este punto por considerar que es la proposición en que se destaca que la filosofía de la historiografía “se encuentra conducida

En esos primeros párrafos, además de plantear la realidad de la historiografía y de sus unidades últimas, entendidas como proposiciones que son nada más y nada menos que expresiones, “expresión verbal escrita” las denomina, insiste en que éstas deberán ser estudiadas precisamente como eso, como expresiones. Con lo anterior se perfila la importancia que cobra para tales efectos el hecho de dar su lugar al sujeto que se expresa, además de indicar el valor del acto comunicativo producido que tiene en cuenta a un destinatario: “El hombre que habla se encuentra en una situación concreta de convivencia con los demás hombres”, nos dice. Así, sentencia Gaos: “la historiografía es expresiva de la situación integrada por el historiador y su público y por lo histórico designado por aquél a éste”.¹¹

Lo que viene adelante en el pequeño texto de Gaos va sumando complejidad a la tarea. El enfoque para mí era claro, optar por la historiografía como objeto de estudio obligaba a pensar en ese movimiento expresivo condicionado por el tiempo y el lugar desde los cuales se habla. De ahí que prestara especial atención a las precisiones que hace sobre las clases de objetos, en el párrafo dieciocho, y en particular, a todo lo relativo a los objetos psíquicos, puesto que en ellos, en “nuestros hechos de conciencia”, afirma Gaos, se constituye la subjetividad.¹²

Sus frases han calado hondamente en las reflexiones sobre el quehacer que lleva a cabo el historiador. Ese párrafo con la enunciación de los objetos psíquicos, los metafísicos y los ideales y valores, se ha convertido en una directriz de lo que se requiere para establecer comunicación con el objeto historiográfico que no estaría allí de no ser por el sujeto que se expresa. Igualmente importante, ha sido pensar lo que propone en torno a lo histórico que se concentra en los párrafos veintiocho y veintinueve, en los que abunda en el tema de que no todo lo pasado es igualmente histórico y coloca al individuo interesado en la historia en esa dimensión

[...] a estudiar el objeto de la historiografía, lo histórico, el conocimiento del cual empieza por proporcionarlo la historiografía misma”; añadiendo que la filosofía de la historiografía se encuentra conducida a abarcar una filosofía de la historia, convirtiéndose en un respaldo para destacar la importancia de la filosofía del conocimiento en el campo de la historia, asunto que comúnmente escapa a nuestra atención cuando lo que prevalece es la indicación de desarrollar un juicio crítico respecto a las fuentes posibles y deseables para lograr el conocimiento del pasado, sin involucrarnos en la problemática de asumirnos como sujetos cognoscentes.

¹¹ *Ibidem*, p. 72.

¹² *Ibidem*, p. 72-73.

de seleccionar lo influyente, lo representativo y lo permanente.¹³ Como lo ha sido atender a la valiosísima especificación de las operaciones que lleva a cabo el historiador, presente en los parágrafos que van del treinta y tres al cincuenta y uno, un conjunto que no tiene desperdicio y del cual, me atrevo a tomar como mis favoritos a aquellos que se adentran en el problema de la comprensión y la explicación.¹⁴

Aunque debo reconocer que son los últimos párrafos los que sembraron y han seguido sembrando en mí las mayores incógnitas. Sus aseveraciones sobre el modo en que se define el historicismo y las elucubraciones en torno a ello, son punto de partida y a veces de llegada de una buena cantidad de meditaciones y diálogos con otras lecturas. Recojo sólo dos frases ilustrativas.

Si por historicismo se entiende exclusivamente la pluralidad de la realidad, en la unidad de ésta tiene su límite. Por eso parece más fundado entender por historicismo una filosofía de la unidad y la *pluralidad* de la realidad, en contra de las filosofías tradicionales afirmadoras exclusivas de la unidad de la realidad —y el hombre, parte de la realidad, aunque sea el principal agente de la pluralidad de ésta, no dejaría de participar *de su unidad*.¹⁵

Y la que alude a que la concepción historicista de la realidad, entre ellas de la realidad de la historiografía, no tendría un carácter *normativo*, puesto que su propuesta es describir y no prescribir. Cuestión ésta, que unida a sus reflexiones sobre la validez personal y universal del conocimiento que procura el historiador, enriquece notablemente las que se refieren al tema de la verdad.¹⁶

¹³ *Ibidem*, p. 76-77. Los párrafos aludidos están llenos de sugerencias sobre el sentido de “lo memorable” y “lo valioso” como directrices de las decisiones del historiador al seleccionar su tema de estudio.

¹⁴ Por otra parte, hay que decir que fueron los párrafos dedicados a las operaciones que lleva a cabo el historiador los que, en particular, formaron el eje de mi ejercicio analítico en la tesis doctoral —sobre la obra historiográfica de Lorenzo de Zavala—, que la Maestra Camelo leyó con interés. Su decisión de recomendar la lectura de “Notas sobre...” de Gaos, en sus clases de Historiografía, a partir de la impresión que le hiciera mi propuesta es algo que me enorgullece y me hace suponer que, en sus manos y bajo su magisterio, los frutos esta lectura se han multiplicado. Durante más de cuatro décadas, los alumnos que cursaron la materia —con Álvaro Matute o con la autora de estas líneas— de Historiografía de México, tuvieron como tarea obligatoria esa misma lectura. Algunos, indudablemente la aprovecharon.

¹⁵ Gaos enfatiza en el párrafo 66, la problemática del historicismo en este sentido.

¹⁶ En el último párrafo, el 67, explicita las razones por las cuales la concepción historicista de la historiografía no puede ser prescriptiva, sino únicamente descriptiva.

Recursos para pensar la historiografía

Dejo para otro momento, el caudal de consideraciones a que invitan algunas de las proposiciones de Gaos, con el fin de avanzar en la tarea de los hilvanes. Una vez incorporado Gaos primero a mis tareas como estudiante y durante décadas a las que he cumplido como profesora e investigadora de la historiografía, fue hasta cierto punto natural recuperar con mayor interés lo que provenía de la relectura de los trabajos de Edmundo O’Gorman. El tantas veces menospreciado relativismo de la verdad histórica salía a relucir para obligarme a valorar la importancia que tenía en mi propia visión de la historia esto de lidiar con términos como los de autenticidad histórica, siempre en relación con un sujeto que pretende conocer y que se atreve a decir algo sobre el pasado.

*Crisis y porvenir de la ciencia histórica*¹⁷ es una lectura que ha renovado mi convicción de que el esfuerzo hermenéutico de precisar por qué un autor dice lo que dice, más allá de sustentarlo con una fuente, es un ejercicio que apasiona y vale la pena. Entre las líneas que nos ofrece O’Gorman, las reflexiones son lo que más abunda. De manera que si bien resulta imposible estar de acuerdo con todo lo que dice, al mismo tiempo, es indispensable meditar cada una de sus frases. Cómo no hacer aprecio, si se ha optado por observar la actividad historiográfica, de un párrafo como el siguiente:

La acción descubridora en que se funda la verdad penetra la palabra, va más allá del “se dice” de las narraciones y de los documentos, utilizándolos como lo que son, a saber: intermediarios o vías de acceso que nos ponen en contacto con aquello de lo que hablan y atestiguan. He aquí la importancia que tienen para el verdadero historiador las interpretaciones elaboradas con anterioridad por el modo cotidiano de ser de la existencia.¹⁸

Y más adelante: “El historiador auténtico [...] no se pondrá en plan de ‘consultar’ esta o aquella ‘fuente’, ni de ‘aprovechar’ tales o cuales ‘materiales’. Para él siempre será asunto de utilizar vías de acceso a la realidad que está más allá de las palabras.”¹⁹ La tarea

¹⁷ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2006. Se publicó por vez primera en 1947 y la Universidad tuvo el acierto de conmemorar el centenario del maestro, con esta segunda edición.

¹⁸ *Ibidem*, p. 258-259.

¹⁹ *Ibidem*, p. 260-261.

que propone para el historiador involucra a la filosofía, a la vez que sabe distinguir el campo que corresponde a una y a otra. En el centro de todo no hay otra cosa que la asunción de la historicidad y con ella, de la vida.

Es así que el vínculo entre historia y vida que O’Gorman se empeña en dilucidar, tanto en diferentes párrafos del texto citado, como en el que justamente lleva por título “Historia y vida”,²⁰ se han convertido, al igual que frases y párrafos de Gaos en punto de encuentro de lo que he detectado en lecturas hechas con posterioridad a las aquí presentadas, y provenientes en muchos casos de otros horizontes. Cómo no tener en cuenta por ejemplo, la afirmación que hace don Edmundo, una vez que ha puesto en claro su idea sobre la sucesión histórica y su dependencia de la intencionalidad de dotar de sentido a la historia:

[...] el conocimiento historiográfico supera el atomismo de un mero saber de los hechos particulares desvinculados (los cuales, por otra parte, no tendrían donde aparecer si no hubiera sucesión), y nos entrega una visión unitaria y total de esos hechos. La decisiva importancia de esto es, pues, que se trata del único modo a nuestro alcance de hacer inteligibles las acciones humanas constituidas en hechos históricos.²¹

Imposible destacar aquí, los más significativos pasajes de estas referencias de O’Gorman de los que se puede echar mano para alimentar el espíritu. Una vez más, tomo al azar algunos: “El existir humano no es temporal, porque esté *en* o pertenezca a la historia (según la opinión corriente), sino que el existir humano *es* histórico, justamente porque es temporal.” “[...] las cosas no contienen verdad. La verdad radical es la verdad de nuestra existencia misma, de tal suerte que la existencia es quien constituye la verdad de las cosas”. “Sólo será verdadero conocimiento si, aprovechando y trascendiendo el ‘se dice’ heredado de la tradición, se eleva a revelación personal la realidad examinada.”²² Frase esta última que anota cuando va en pos de delinear su concepto de la historia auténtica.

El diálogo con Heidegger es intenso y complejo, como lo es la huella de José Ortega y Gasset. Hay entre los presentes en este homenaje, quienes con muchas más luces sobre ambos casos podrán

²⁰ Edmundo O’Gorman, “Historia y vida”, en Álvaro Matute, *op.cit.*, p. 121-151. Este artículo, como reza la primera nota al pie de esta antología, fue publicado por primera vez en 1956, en la revista *Dianoia. Anuario de Filosofía*.

²¹ *Ibidem*, p. 145.

²² O’Gorman, *Crisis y porvenir...*, p. 206, 255, 308-309, respectivamente.

abundar en ello. A mí, por ahora, me basta con destacar que es O’Gorman un apoyo insustituible en la tradición de pensar la historiografía e intentar comunicar con ella lo que perseguimos en la historia. El sujeto, su situación, la revelación como forma de conocimiento, la autenticidad y la inautenticidad son elementos clave para lidiar con la historiografía y por su intermediación, con la historia.

Ocasiones para el diálogo

Habiendo hecho aprecio de lo que este cúmulo de propuestas han significado para mis intereses historiográficos, las lecturas que han llegado más tarde han quedado ubicadas inevitablemente bajo la perspectiva de que abonan un terreno sembrado en nuestro medio por algunos de estos maestros mencionados y muchos de sus discípulos. Tengo en mente, por citar un caso especial, que dar con las páginas de un texto como *Metahistoria* de Hayden White,²³ al comenzar los años ochenta, implicaba recuperar directrices ya trazadas, enriquecidas con modelos de pensamiento más recientes y desde luego, con lenguajes más cercanos. La deuda con el estructuralismo y el singular papel que representa en los argumentos de White, el lenguaje del historiador y del filósofo de la historia, abrieron el apetito una vez más a la observación del conocimiento histórico que sólo es posible mediante la palabra y que cobra especial sentido cuando proviene del historiador.

En sus páginas, y no sólo en las de *Metahistoria*,²⁴ se amplían los ángulos para mirar al historiador en su labor; añade fórmulas para asediar lo que ocurre cuando se habla desde un modo peculiar de captar el mundo; y su insistencia en el acto de dotar de sentido aquello que se describe y se explica guarda similitudes con lo antes descubierto. En pocas palabras, la obra de White, como he afirmado en otros textos, es afín a la tradición señalada. Así, al

²³ Hayden V. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

²⁴ En uno de sus artículos, escojo al azar una de esas frases que invitan a buscar correspondencias con las que los autores antes citados insisten en subrayar, la acción del historiador como intermediario, sólo que, esta vez, puntualizando su papel como escritor: “Lo que el discurso histórico produce son *interpretaciones* de cualquier información y conocimiento acerca del pasado que decida el historiador.” “Teoría literaria y escrito histórico”, publicado en Hayden V. White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, introd. de Verónica Tozzi, Barcelona, Ediciones Paidós, 2003, p. 141-188.

presentar la selección de historiadores y filósofos de la historia cuyos textos constituyen la base de su estudio, hace declaraciones que permiten insistir en la importancia de acercar la lente a los sujetos que escriben:

Su posición como posibles modelos de representación o conceptualización histórica no depende de la naturaleza de los “datos” que usaron para sostener sus generalizaciones ni de las teorías que invocaron para explicarlas; depende más bien de la consistencia, la coherencia y la fuerza esclarecedora de sus respectivas visiones del campo histórico.²⁵

Junto a él, otros autores ofrecen asimismo una multiplicidad de motivos para que sus propuestas se vinculen a esa educación de los sentidos que hemos hecho nuestra para enfrentar la relación con la historiografía, y por su medio, con la historia.

En la lista deben colocarse desde luego Hans Georg Gadamer²⁶ y Paul Ricoeur²⁷ para enriquecer el vasto horizonte de la hermenéutica. Piezas clave de un saber histórico que se construye y reconstruye precisamente en medio de la conversación en que se compromete el sujeto, su palabra y su situación pero, sobre todo, la relación con los demás, la acción y la expectativa de futuro.

En las páginas de *Verdad y método*, afirmaciones como la que cito a continuación, añaden argumentos a la condición de temporalidad de los saberes que construyen los historiadores.

En la medida en que el verdadero objeto de la comprensión histórica no son eventos sino sus “significados”, esta comprensión no se describe correctamente cuando se habla de un objeto en sí y de un acercamiento del sujeto a él. En toda comprensión histórica está implicado que la tradición que nos llega habla siempre al presente y tiene que ser comprendida en esta mediación, más aún, como esta mediación.²⁸

²⁵ White, *Metahistoria...*, p. 15. El acento que coloca White en la estructura del lenguaje no hace sino amplificar la observación del papel que tiene ese acto comunicativo que no tiene sentido observar si no se toma en cuenta que lo produce el historiador. Una frase en esa misma página, refuerza esta idea: “Su categorización como modelos de la narración y la conceptualización históricas depende, finalmente, de la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus puntos de vista sobre la historia y sus procesos.”

²⁶ Hans Georg Gadamer, *Verdad y método*, trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Editorial Sígueme, 1977.

²⁷ Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, trad. de Pablo Corona, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2002 (Sección de Obras de Filosofía).

²⁸ Gadamer, *op.cit.*, p. 400-401.

Y la complejidad de las fórmulas con las que Paul Ricoeur propone la dialéctica entre la comprensión y la explicación, por su parte, incrementa los motivos para ocuparse de los textos, en nuestro caso, los textos históricos, con la determinación de acceder a ellos a sabiendas de que los transformamos y nos transforman:

Entiendo por comprensión la capacidad de continuar en uno mismo la labor de estructuración del texto, y por explicación la operación de segundo grado incorporada en esta comprensión y que consiste en la actualización de los códigos subyacentes en esta labor de estructuración que el lector acompaña.²⁹

No cabe en este ejercicio de hilvanar retazos con miras a mostrar lo que concibo constitutivo de una tradición, bucear en el intrincado mundo en que uno y otro autor invitan a expandir las posibilidades de esas operaciones clave de la realidad historiográfica que de manera sintética presenta Gaos. Como tampoco es posible detenerme en los rumbos que advierto en la obra de Frank Ankersmit, en cuyos textos leo, al menos provisionalmente, una propuesta para explorar con atención las relaciones entre la historiografía y la historia, entre el sujeto y el objeto, o más bien para incorporar el concepto de la experiencia histórica como una dimensión que en el mejor de los casos cierra la brecha entre ambas instancias: “las ideas históricas realmente interesantes son producto de los ‘recuerdos involuntarios e inadvertidos’ de los historiadores —de sus experiencias—, y si no los aprovechan renuncian a los instrumentos más valiosos que están a su disposición”, afirma, para añadir después que “al intentar traducir la experiencia histórica al texto histórico, no ganamos nada sino que, más bien, perdemos algo”.³⁰ La provocación que implican sus palabras, sin embargo, deja viva la imagen del sujeto que es medio y fin para que el pasado sea presente. “La experiencia histórica es la resonancia que ocasiona la ‘música del pasado’ con sus estados de ánimo y sentimientos específicos, en el historiador cuya mente fue compuesta, por casualidad, en ‘la misma tonalidad’.”³¹

²⁹ Ricoeur, *op.cit.*, p. 35.

³⁰ Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, trad. de Nathalie Schwan, México, Universidad Iberoamericana, p. 300-301. En un texto en el que se rinde homenaje a la paradoja, Ankersmit parece apostar al conocimiento esencial de la historia que es al mismo tiempo imposible de traducir y transmitir.

³¹ *Ibidem*, p. 327.

Basta señalar, para el propósito inicial de este escrito, que recorrer las páginas de autores como los mencionados obliga a reconocer los lazos de unión entre tradiciones que, pese a las distancias geográficas y temporales, han bebido en fuentes comunes que los hacen colocar a los textos de historia como tales, y a los sujetos que los producen, en el centro de la atención.³²

De entre las lecciones socorridas, una de las enseñanzas de las que me he ido apropiando y que en una larga cadena hacia atrás se remontan con toda seguridad a los bisabuelos de mis maestros, es que resulta imposible comprender los textos historiográficos con modelos deductivos, o lo que es lo mismo, desconocer que su manufactura obedece a la vida y la circunstancia de un sujeto. Ubicar como paradigma la comprensión de los textos en lo que fueron y significaron para su tiempo así como lo que son y significan para el nuestro forma parte de las tareas que he derivado de sus páginas. Queda siempre pendiente la respuesta a una pregunta ¿por qué razón en algunos de ellos parece estar más vivo el pasado? En todo caso, considero que es válido plantearse la posibilidad de que existe un movimiento hasta cierto punto natural entre la autenticidad del historiador y la de su texto.

Es por ello que, para ir cerrando estas disquisiciones, subrayo de la herencia recibida el hecho de admitir y reconocer la importancia del papel del sujeto que escribe en la apreciación de una obra lograda; así como el de proceder a aquilatar su función creadora como una que le proporciona autenticidad al escrito. El texto que se produce en tales casos queda revestido de un carácter único, porque única es su situación. Cuando dicho texto adquiere una forma acabada, es en él donde se hace presente dicha cualidad.

... y para el reconocimiento

Rosa Camelo, con su singular sensibilidad, ha rescatado y puesto sobre la mesa, hace algunos años, la idea o'gormaniana de la totalidad del texto.³³ Es en ésta donde se aprecia el fenómeno de la

³² Un asunto que ha llamado mi atención y que merece estudio es el de la presencia de la obra de Collingwood en las páginas de varios de los autores mencionados. La traducción a nuestra lengua desde hace más de medio siglo y la presencia en los cursos obligatorios de su *Idea de la historia* son sin duda elementos que han contribuido a alimentar intereses en la historiografía desde miradores comunes.

³³ Rosa Camelo Arredondo, "La totalidad del texto", en Rosa Camelo y Miguel Pastrana Flores (eds.), *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de Análisis Historiográfico*, México,

autenticidad que alimenta la historia. Recupera con acierto e imprime fuerza a frases de O’Gorman tomadas del primer prólogo a la obra de Joseph de Acosta. La invitación a la lectura total, a la recuperación del texto íntegro para obtener de ella un cúmulo de experiencias que podríamos llamar vitales, está allí: “intencionalidad, estructuración, orden de ideas, sentido y temporalidad de su contenido”, señala Rosa. Y ese todo además, como portador de la cultura del pasado e interlocutor de la del presente. Hacer distancia del tratamiento de los textos únicamente como minas de conocimiento a las que se puede acudir para extraer o desdeñar. Cada una de las frases elegidas por la Maestra Camelo para actualizar el mensaje del O’Gorman de 1940, guarda relación con los postulados que se encuentran en otros textos del ya célebre y queridísimo maestro. Dar historicidad a la historiografía, colocarla en la perspectiva que invita a hacer de ella un caro objeto de historia de la cultura. Aseñar al sujeto para encontrarse con el significado que puede tener dialogar desde otros horizontes con su tiempo y su palabra. Hacer conciencia, en suma, de la temporalidad que nos define.

En buena medida estos elementos explican la capacidad que ha desarrollado la maestra Camelo para llenar de matices la producción historiográfica del siglo de la conquista y el que le sigue. Su conocimiento es vasto, pero su sensibilidad lo es aún más. Con la suma de ambos proporciona un panorama sugerente de las variables que ofrecen los escritos, tomando en consideración condicionamientos de diversa índole, así como miradas provenientes de diferentes experiencias:

A pesar de que entre todos ellos se encuentran conceptos sobre su mundo que los identifican, en el tono manejado en la redacción, en las formas discursivas, en la descripción de determinadas imágenes que usan como ejemplos y en las conceptualizaciones del presente y del pasado se impone la presencia de esta visión propia.³⁴

Las páginas y, principalmente, las innumerables lecciones dictadas por Rosa han dejado constancia de sus cualidades para conocer y valorar los textos del ciclo de la conquista y la colonización, cuyas

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas (Teoría e historia de la historiografía, 7), 2009, p. 11-22.

³⁴ Rosa Camelo, “La historiografía colonial en Nueva España”, en Juan A. Ortega, Medina, Rosa Camelo y Patricia Escandón (coords.), *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia. La tradición española*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, v.II, t.I, p. 17-38.

particularidades explica con lujo de detalle sin dejar fuera la precisión sobre el autor. Quizá una de sus más destacadas tareas sea la que ha desembocado en la distinción que encuentra entre las crónicas provinciales y las de evangelización; insertas unas y otras en el tiempo novohispano y provenientes en todos los casos de religiosos, adquieren sin embargo, características singulares que la estudiosa sabe ver, según creo, porque participa “de la misma tonalidad” que envolvió a muchos de los sujetos involucrados en su escritura.

Su afán por identificar las particularidades de los personajes que escriben, de sus circunstancias, de sus motivaciones, de los géneros en que pueden dividirse los textos y de las influencias de pensamiento que se hacen, en ellos presentes, da muestra del cariño que ha desarrollado por los temas que englobados en la historia de la historiografía novohispana, permiten acercarse a cada caso como único, a la vez que dan fe de la maravillosa ventana en que se convierten para ver a su través situaciones históricas de variada índole, procesos de muy largo alcance y realidades en las que no es asunto menor la relación de los hombres con su medio natural. En este último punto, repara siempre la investigadora que desde muy temprano ha hurgado en las implicaciones teológicas, filosóficas y humanas que reviste para sus autores hablar del hombre y la naturaleza americanos y edificar en torno a esto una suma de ideas y de saberes a los que en todo tiempo es necesario volver.

Rosa Camelo ha profesado en el sentido más estricto de la palabra como una historiadora auténtica. Si aceptamos que el diccionario nos remite con esta palabra al término adoptado por Jaspers para indicar el ser *propio* del hombre, en oposición al extravío de sí o de su propia naturaleza, que es “la inautenticidad o impropiedad”, subrayamos que Rosa es una historiadora auténtica porque día con día, su palabra, sin desatender lo que ha oído, lo que ha aprendido, lo que ha leído, cobra una vida nueva; actualiza en el aula, en el comentario, en la conversación aquello que proviene de las más profundas convicciones de su ser historicista. Enriquece a quienes la escuchamos de un saber siempre propositivo, de un afán de buscar más allá de; interrogarse nuevamente y convenir en que quizá, por el momento, algo se puede concluir, pero sólo por el momento.

Si nos acercamos a las varias maneras de lidiar con el término autenticidad que utiliza Frank Ankersmit, en las que se involucra la experiencia estética y el tema de la verdad,³⁵ también reparamos

³⁵ Una de las conclusiones que respalda esta idea es la de que las experiencias estética e histórica son muy afines. Y más adelante anota: “[...] en el caso de una práctica histórica



en que Rosa ha sabido establecer un trato con la historiografía producida en la Nueva España que le permite evidenciar y transmitir cómo, en sus relaciones con ese objeto histórico que es el texto, puede alcanzar un grado de comprensión y un nivel de experiencia que hacen posible la percepción de una realidad compleja y sugerente y por lo mismo difícil de explicitar en declaraciones simples.

Teoría y práctica de la historiografía se convierten, con ejemplos como el que ella nos da, en una tradición viva, en la que nuestros maestros creyeron, supieron alimentar y transmitieron con la intención de hacer de ella una responsabilidad de búsqueda constante, de insatisfacción y por qué no decirlo, de conciencia de límites.

Enhorabuena Rosa. Gracias por estar cerca.

que hace demasiado hincapié en la verdad: la disciplina está destinada a la impotencia y la irrelevancia. Tal como en la economía, habrá que buscar siempre el justo medio entre la planeación y la libertad, lo mismo resulta aplicable a la práctica histórica, que tiene como propósito el justo medio entre la verdad y la experiencia.” Ankersmit, *op.cit.*, p. 331.